

JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ, *Bolivia: un pueblo en busca de su identidad*. Los Amigos del Libro, Cochabamba/La Paz, 1988; 384 pp.

El gran tema de la identidad de la cultura latinoamericana y de sus partes constitutivas representa, sin lugar a dudas, uno de los ejes principales alrededor de los cuales gira el discurso cultural del continente a partir de la Conquista. Hasta se podría decir que la historia de la cultura latinoamericana ha sido, en gran parte, la historia de las diferentes preguntas y respuestas que pensadores, ensayistas, historiadores, narradores, poetas, músicos, arquitectos y pintores han ofrecido en un intento de desentrañar los múltiples enigmas de los orígenes, la transformación y el futuro de la identidad del ser nacional o continental. Así, han cobrado renovado interés en fechas recientes el tema de la otredad de las culturas precolombinas y la cuestión de la enorme importancia del principio sincrético del mestizaje cultural, estudiado bajo el concepto de transculturación.

El libro de José Luis Gómez-Martínez, cuyo título recuerda el de un famoso estudio de Stabb sobre el ensayo en Hispanoamérica, tiene el indudable mérito de haber dirigido nuestra atención hacia las formulaciones de estas preguntas y respuestas en Bolivia, un país tradicionalmente ignorado en los estudios del discurso cultural del continente. Desde la primera página el autor nos advierte acerca de su intención de trabajar simultáneamente en dos planos: el de la formulación teórica de conceptos capaces de iluminar la historia cultural, y el de la aplicación práctica de estos conceptos para analizar el caso de un país concreto.

La formulación teórica se construye en el capítulo 1 mediante una combinación de conceptos provenientes de Ortega y Gasset, Américo Castro y Guillermo Francovich. Del primero el autor toma la doctrina del circunstancialismo, junto con la distinción entre creencias (valores heredados que aceptamos en forma casi inconsciente) e ideas (valores nuevos introducidos por los miembros de una nueva generación). La distinción se ejemplifica mediante una analogía entre la pareja orteguiana y el binomio saussuriano de lengua/habla (p. 39), pero tal vez esta ingeniosa comparación no es del todo afortunada puesto que sugiere que existe una oposición tajante entre lo colectivo y lo individual, entre lo inconsciente y lo consciente, entre lo pasivo y lo activo. En el campo de la historia de las ideas estas oposiciones suelen ser matizadas por instancias de mediación.

Además, esta variación sobre el tema de las relaciones entre tradición y originalidad ¿no tiende a dar un peso excesivo al orden establecido? ¿No nos enfrentamos aquí al mismo problema que Kuhn intentó solucionar en la historia de la ciencia: de cómo los paradigmas se pueden reemplazar? O, en la formulación paralela de Foucault, ¿cómo se puede dar el paso entre una episteme y otra si las epistemes son totalidades monolíticas? Parece más razonable suponer que en cualquier época

histórica existe una lucha entre diferentes paradigmas de creencias, paradigmas cuestionados a su vez por conjuntos de ideas rivales. La doctrina orteguiana sólo logra expresar parcialmente este dinamismo histórico plural.

Siguiendo a Américo Castro, el autor llama “morada vital” a un “horizonte de posibilidades y de obstáculos” (p. 38), horizonte que constituye la circunstancia concreta de un hombre o un grupo social dentro de una cultura. Este hecho de vivir inmerso en una determinada situación histórica se erige en el objeto de análisis del libro bajo la forma muy específica de Bolivia en el siglo xx. El propósito del libro, pues, es el de estudiar, en el caso de Bolivia, cómo las creencias dominantes se van modificando bajo el impacto de nuevas ideas. Aquí se asimila a la doctrina de Ortega la teoría de los mitos profundos desarrollada por el pensador boliviano Guillermo Francovich en su libro *Los mitos profundos de Bolivia* (1980). Según esta teoría, los mitos dominantes de una cultura son creencias tan arraigadas que llegan a ser aceptadas como verdades eternas e incuestionables. Constituyen una especie de ideología inconsciente formada por arquetipos colectivos: son las creencias orteguianas elevadas a la categoría de verdades sagradas. A partir de esta noción, el autor intenta desentrañar los mitos profundos que dominan en determinadas épocas de la historia de Bolivia, empresa parecida a la realizada en México por pensadores y ensayistas como Samuel Ramos, Octavio Paz y los miembros del grupo Hiperión.

Hasta aquí el desarrollo de los conceptos teóricos. Vale la pena señalar que dada la relativa ausencia de un conjunto de herramientas teóricas para el análisis de la historia de las ideas en América Latina, el intento ecléctico del autor representa un valioso paso hacia la elaboración de un marco de análisis más sólido y funcional. Las dificultades señaladas se deben entender dentro de este contexto de pobreza de instrumentos analíticos en el caso del vasto y complejo campo que llamamos historia cultural.

Pasando ahora al segundo plano que ocupa la mayor parte de las páginas del libro, hay una idea recurrente que configura la tesis central del autor: el conocido problema de la aplicación indiscriminada y mecánica a las culturas de América Latina de categorías conceptuales elaboradas de acuerdo con las circunstancias muy específicas de las culturas europeas. Esta aplicación resulta invariablemente en una deformación que crea una imagen grotesca de lo americano visto a través de ojos europeos. En un intento de apartarse de este enfoque tradicional, Gómez-Martínez se propone estudiar la cultura boliviana desde dentro y no a través de categorías importadas. Sin embargo, ¿no surge aquí el viejo problema de una ficticia oposición excluyente entre lo nacional y lo universal? Si se acepta que hay valores nacidos en Europa que llegan a ser universales, entonces ¿por qué no suponer que estos valores también pueden llegar a ser bolivianos, peruanos o mexicanos? No se trata de

descalificar las ideas por su origen foráneo, sino de estudiar su funcionamiento y sus transformaciones en condiciones nuevas. Además, en este afán de estudiar lo boliviano desde dentro se tiende a recurrir a categorías construidas (como lo nacional y lo original) que no son transparentes y que necesitan analizarse por su carga ideológica. Tampoco hay que olvidar que los conceptos de nación y de originalidad fueron importados de la cultura europea por ciertos grupos sociales en un determinado momento histórico. Lo mismo se podría decir de otros conceptos sospechosamente románticos, como lo telúrico, que merecerían un detenido análisis.

El autor divide la historia intelectual de Bolivia en tres etapas, separadas a su vez por dos eventos decisivos: la Guerra del Chaco y la Revolución de 1952. El periodo inicial está representado por las tres primeras décadas del siglo, una época dominada por la imitación servil de valores derivados de las ideologías europeas. En el capítulo 2 el autor estudia el impacto del positivismo como doctrina dominante que determina la visión que tienen de su país intelectuales bolivianos como Alcides Arguedas en *Pueblo enfermo* (1909), célebre ensayo donde la enfermedad del pueblo se diagnostica como racial y la inferioridad como cuestión de sangre. El determinismo genético se combina aquí con los otros dos fatalismos promulgados por el positivismo: el geográfico y el histórico. En el campo de la creación literaria el mismo Arguedas da un paso decisivo en la evolución de la novela indigenista al publicar en 1919 *Raza de bronce*, novela cuyo único antecedente en Hispanoamérica es *Aves sin nido* (1889) de la peruana Clorinda Matto de Turner. En resumen, se podría decir que en este momento el predominio de los modelos culturales importados se refleja en todos los ámbitos: arte, literatura, legislación, política educativa. . .

La Guerra del Chaco (1932-1935) marca una ruptura que señala el comienzo de un proceso de recuperación o más bien de invención de una conciencia nacional. El tercer capítulo registra las enormes pérdidas materiales, humanas y territoriales en la guerra con Paraguay y describe cómo el trauma de la guerra provocó una toma de conciencia que no tardó en generalizarse entre los diferentes estratos de la sociedad boliviana. Según el autor, la nueva conciencia se debió a la coexistencia de varios factores: el contacto de una zona geográfica desconocida; el inesperado sentimiento de fraternidad que se produjo entre los diferentes grupos raciales y sociales, unidos bajo el mismo uniforme; la boga del americanismo que se desarrolló a partir de las tesis de Spengler acerca de la decadencia cíclica de Europa; y la rápida difusión de ideas socialistas y marxistas, sobre todo en la versión aprista de los intelectuales peruanos. Todos estos factores resultaron en el surgimiento de esquemas utópicos que postulaban el nacimiento en América de una nueva cultura superior.

La llamada Generación del Chaco comparte el afán utópico de trans-

formar las estructuras de injusticia de una sociedad arcaica y feudal. En el arte y la literatura la recuperación de lo boliviano se expresó en el auge del indigenismo, movimiento donde la idealización romántica del indio tiende a dar lugar a un reclamo por reformas sociales y económicas, y donde la estética se vuelve inseparable de la protesta política, con todos los riesgos de que la obra de arte se convierta en un documento panfletario, propagandístico, maniqueo y efectista. El determinismo fatalista del positivismo ha dado lugar al sueño americanista, mientras que el tan sonado complejo de inferioridad se ha tornado complejo de superioridad: dos construcciones igualmente ilusorias. En lugar de la imitación ciega de modelos importados se busca ahora adecuar el arte, el sistema educativo y la legislación a las necesidades del país. Se empieza una revisión del pasado para extraer elementos autóctonos y mestizos que puedan proveer las bases para una nueva cultura nacional. De este proyecto de nacionalismo cultural surge gradualmente una conciencia de la naturaleza mestiza de la cultura boliviana.

Finalmente, la Revolución de 1952 es vista por el autor como la culminación de los esfuerzos de la Generación del Chaco por transformar en forma radical las estructuras sociales y económicas de injusticia y opresión. Aquí se comenta la breve etapa armada de la Revolución, seguida por una serie de reformas importantes provocada por las movilizaciones de los sectores minero y campesino. Sin embargo, en el capítulo 4 se traza un proceso de desengaño: las esperanzas despertadas por la Revolución se van defraudando en las décadas siguientes cuando el partido político dominante, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, se ve obligado a pactar con la oligarquía, alejándose así de la izquierda política, y a moderar el ritmo de las reformas. Así se acaba la “intoxicación utópica” y se inicia la compleja diversificación del país. El estudio destaca que a pesar de las buenas intenciones y el ambiente de optimismo engendrado por la Generación del Chaco, las acciones de los gobiernos posrevolucionarios tuvieron limitados efectos en la morada vital de los bolivianos.

El principal valor de este libro consiste en habernos dado una visión panorámica de la historia cultural de uno de los países menos conocidos del continente. El material que constituye el objeto de análisis proviene básicamente de obras literarias (cuentos y novelas y, en menor medida, teatro y poesía), artes plásticas, ensayos, textos sobre el sistema educativo y ejemplos sacados de la legislación sobre los derechos y la condición de los indios. La estructura progresiva del libro, que retoma y resume a cada rato el hilo del desarrollo narrativo, tiende a resultar en cierta innecesaria repetición redundante. Además, la misma estructura provoca en este lector una actitud de desconfianza ante lo que se presenta como un esquema de progresión lineal hacia el autoconocimiento. Hay inevitables erratas, pero no impiden la lectura fluida del texto. Uno de los aspectos más recomendables del libro es la abun-

dancia de ilustraciones de obras artísticas que dan al lector no familiarizado una imagen sumaria del arte del país. Si se descuentan ciertas generalizaciones tajantes que necesitarían matizarse (“antes de la década de los treinta [del siglo xx] no existía una pintura boliviana”, p. 255) y la falta de cuestionamiento de ciertos conceptos clave que son, insisto, categorías construidas y por lo tanto susceptibles de análisis (lo telúrico, lo nacional, imitación/originalidad), se puede decir sin temor a equivocarse que el presente libro constituye una buena introducción a los problemas principales que definen la naturaleza de la cultura boliviana en el siglo xx.

ANTHONY STANTON  
El Colegio de México

IRENE VÁZQUEZ VALLE (ed.), *La cultura popular vista por las élites. Antología de artículos publicados entre 1920 y 1952*. UNAM, México, 1989; 566 pp.

El estudio de la cultura popular suscita siempre un cuestionamiento de legitimidad que se sustenta, en última instancia, en el hecho de que el discurso crítico o el comentario valorativo son emitidos por un sujeto que se supone “culto” y, por tanto, distinto de su objeto.

Con sabiduría, Irene Vázquez Valle se propuso abordar este hecho mediante un libro iluminador para el lector. Se trata de una antología de textos críticos sobre una amplia gama de la cultura popular mexicana (literatura, música, celebraciones, juegos, cocina, artesanías, etc.). El *corpus* se recorta en un periodo histórico de suyo significativo para el género en México, en tanto se caracteriza por una política cultural dominante de signo nacionalista: 1920-1952. Son años que ponen en juego de manera crítica la relación arte “popular”/arte “culto”; nacionalismo/universalidad; tendencia esteticista/énfasis en los contenidos, y sobre todo, tradición y modernidad: estatismo y dinamismo en el proceso de la producción.

Habría que añadir que paralelamente —y desde la década anterior— en España se despierta un gran interés por el estudio del folklore. En torno al Seminario de don Ramón Menéndez Pidal se inician estudios del romancero y otros géneros populares, y se forma la generación de intelectuales y creadores del '27. Ellos integran los estudios literarios con la lingüística, el folklore y muchas veces con la obra de creación. Sobre todo en la poesía de Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Rafael Alberti se produce una fertilización clara con la literatura popular. Se trata de una “vuelta a lo popular” profundamente auténtica, ligada a la concepción de la vida y de la literatura, que produce obras